

LIBRO TERCERO

EN EL AÑO DE 1817

I

EL AÑO DE 1817

1817 es el año en que Luis XVIII, con cierto aplomo regio que no carecia de altivez y de arrogancia, calificaba el vigésimosegundo de su reinado, El año en que M. Bruguière de Sorsum era un hombre célebre. Todas las tiendas de peluquero, esperando las cabelleras empolvadas y la vuelta del ave real, se hallaban pintarreadas de azul y flordelisdas. Era aquel el tiempo cándido en que el conde Lynch se sentaba todos los domingos como mayordomo de fábrica en el banco de la parroquia de San German de los Prados, con su casaca de par de Francia, su cordón encarnado y su nariz larga, y con esa majestad que tiene el sello peculiar

de un hombre que ha hecho una acción espléndida. Esta brillante acción obra de M. Lynch consistía en haber entregado demasiado pronto la ciudad de Burdeos al señor duque de Angulema, el 12 de Marzo de 1814, siendo él alcalde. Así ganó su dignidad de par. En 1817, la moda abrumaba á los niños de cuatro á seis años bajo enormes gorras de cuero de tafete con orejeras bastante parecidas á las mitras de los esquimales. El ejército francés llevaba uniforme blanco, á la austriaca; los regimientos recibieron el nombre de legiones; y en vez de un número ordinal, llevaban los nombres de los departamentos. Napoleón estaba en Santa Elena, y como la Inglaterra se negaba á darle paño verde, él hacía que le volvieran sus levitas viejas. En 1817, Pellegrini cantaba, y la señorita Bigottini bailaba; Potier reinaba; y Odry no existía aún. Á Forioso sucedía madama Saqui. Aún había prusianos en Francia. M. Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de consolidarse, cortando la mano, y después la cabeza, á Pleigner, á Carbonneau y á Tolleron. El príncipe de Talleyrand, gran chambelán, y el abate Luis, designado como ministro de hacienda, se miraban riendo con la risa de dos augures. Ambos habían celebrado, el 14 de Julio de 1790, la misa de la Federación en el Campo de Marte; Talleyrand la dijo como obispo, y Luis le asistió como diácono. En 1817, veíanse en las avenidas laterales de ese mismo Campo de Marte enormes cilindros de madera, tendidos en el suelo á la intemperie, pudriéndose entre la yerba, pintados de azul, con vestigios de águilas y de abejas desdoradas. Eran las columnas que, dos años antes, habían sostenido el estrado del emperador en el Campo de Mayo. En algunos sitios se hallaban ennegrecidas por las fogatas que los austriacos hicieron en sus barracas cuando bivaquearon junto al Gros-Caillou. Dos o tres de aquellas columnas habían desaparecido en las lumbres del bivac, sirviendo así para calentar las manazas de los kaiser-

licks. El Campo de Mayo tuvo de notable que se celebró en el mes de Junio y en el Campo de Marzo. Dos cosas eran populares en el año de 1817: el Voltaire-Touquet y la tabaquera á la Carta. La más reciente emoción de los parisienses era el crimen de Dautun, que había arrojado la cabeza de su hermano en el estanque del Mercado de las Flores. Empezaban ya á inquietarse en el ministerio de la marina por no recibirse noticias de aquella fatal fragata *la Medusa*, que debía cubrir de vergüenza á Chaumareix y de gloria á Géricault. El coronel Selves pasaba á Egipto para transformarse en Soliman-Bajá. El palacio de las Thermas, calle de la Harpe, servía de tienda á un tonelero. Veíase aún sobre la plataforma de la torre octógona del hôtel de Cluny la barraquilla de tablas que había servido de observatorio á Messier, astrónomo de la marina en tiempo de Luis XVI. La duquesa de Duras leía á tres ó cuatro amigos, en su gabinete de tocador amueblado con X de raso azul celeste, la *Ourika* inédita. En el Louvre raspaban las N. El puente de Austerlitz abdicaba, recibiendo el nombre de puente del Jardín del Rey, doble enigma que disfrazaba á la vez el puente de Austerlitz y el jardín de las Plantas. Luis XVIII, preocupado, al mismo tiempo que anotaba á Horacio con la punta de la uña, de los héroes que se hacen emperadores, y de los almadreños que se convierten en delfines, tenía dos pesadillas, Napoleón y Mathurin Bruneau. La Academia francesa proponía como asunto para un premio: *la dicha que procura el estudio*. M. Bellart brillaba con su elocuencia oficial. Á su sombra, veíase germinar aquel futuro abogado general de Broc, prometido á los sarcasmos de Pablo-Luis Courier. Existía un falso Chateaubriand llamado Marchangy, entre tanto que se presentaba un falso Marchangy llamado d'Arincourt. *Clara de Alba* y *Malek-Adhel* eran obras maestras; madama Cotin era declarada el primer escritor de la época. El Instituto dejaba borrar de

su lista el académico Napoleón Bonaparte. Una ordenanza real erigia á Angulema en escuela de náutica; porquesiendo el duque de Angulema grande-almirante, era cosa evidente que á la ciudad de Angulema correspondian de derecho todas las cualidades de un puerto de mar, sin lo cual habria habido ofensa al principio monárquico. Agitábase en consejo de ministros la cuestion de si se deberian ó no tolerar las viñetas que adornaban los carteles-anuncios de Franconi, representando las habilidades y ejercicios de volatineros, y que daban ocasion á formarse grupos de tunantes en calles y plazas. M. Paër, autor de *l'Agnese*, un buen hombre de rostro cuadrado, con una verruga en la mejilla, dirigia los pequeños conciertos íntimos de la marquesa de Sassenaye, calle de la Ville-l'Évêque. Todas las jóvenes cantaban *el Ermitaño de Saint-Avelle*, letra de Edmundo Géraud. El *Enano amarillo* se transformaba en *Espejo*. El café Lemblin era partidario del emperador, contra el Café Valois que opinaba por los Borbones. Acababan de casar con una princesa de Sicilia al señor duque de Berry, mirado ya desde el fondo de la sombra por Louvel. Un año hacia que habia muerto madama de Staël. Los guardias de corps silbaban á la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños. El tamaño era reducido, pero en cambio la libertad grande. El *Constitucional* era constitucional. La *Minerva* llamaba á Chateaubriand *Châteaubriant*. Esta *th* hacia ir mucho á los lectores á expensas del grande escritor. En ciertos periódicos vendidos, periodistas sin pudor insultaban á los proscritos de 1815; David no tenia talento; Arnault carecia de chiste. Carnot no era ya un hombre de bien, Soult no habia ganado ninguna batalla; es verdad que Napoleón tampoco tenia ya ingenio. Nadie ignora que es bastante raro que las cartas dirigidas por el correo á un desterrado lleguen á sus manos, puesto que las policías se hacen un religioso deber de interceptarlas. El hecho nos es nuevo; Descartes se que-

jaba de él en el destierro. Pues bien, habiendo mostrado David en un periódico belga el sentimiento que le causaba el no recibir las cartas que le eran dirigidas, pareció esto cosa divertida á los diarios realistas, los cuales aprovecharon la ocasion para burlarse del pros crito. Decir: *los regicidas*, ó decir: *los votantes*, decir: *los enemigos*, ó decir: *los aliados*, decir: *Napoleon*, ó decir: *Buonaparte*, eran cosas que separaban á dos hombres más que un abismo. Todas las personas de buen sentido convenian en que la era de las revoluciones se hallaba ya cerrada para siempre por el rey Luis XVIII, apellidado « el inmortal autor de la Carta. » En el terraplén del puente Nuevo se esculpía la palabra: *Redivivus*, sobre el pedestal que estaba esperando la estatua de Enrique IV. M. Piet bosquejaba, calle de Thérèse, número 4, su conciliábulo para consolidar la monarquía. Los jefes de la derecha decian en las más graves ocasiones: « es preciso escribir á Bacot. » MM. Canuel, O'Mahony y de Chappedelaine tramaban, un tanto aprobados por Monsieur, lo que más adelante debia llamarse « la Conspiracion del Bord de l'eau. » El Alfiler Negro tambien maquinaba á su vez. Delaverderie se avistaba con Trogoff. M. Decazes, espíritu liberal, hasta cierto punto, dominaba. Chateaubriand, de pié todas las mañanas frente á su ventana del número 27, calle de Saint-Dominique, con pantalón de piés y en babuchas, cubierto el pelo gris con un madras, fijos los ojos en un espejo, con un estuche completo de cirujano dentista, abierto en frente de él, se cuidaba los dientes, que eran muy hermosos, al mismo tiempo que dictaba á M. Pilorge, su secretario, *la Monarquía segun la Carta*. La crítica, haciendo autoridad, preferia Lafont á Talma. M. de Feletz se firmaba A.; M. Hoffman se firmaba Z. Carlos Nodier escribia *Leresa Aubert*. Habíase abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios. Los colegiales, llevando por adorno oficial en el cuello una flor de lis de

oro, se envanecían con ella á propósito del rey de Roma. La contra-policía de palacio denunciaba á Su Alteza Real Madame el retrato del duque de Orléans, que se hallaba expuesto en todas partes, y á quien le sentaba mejor el uniforme de coronel-general de húsares que al señor duque de Berry el uniforme de coronel-general de dragones; lo que no dejaba de ser un grave inconveniente. La ciudad de París hacía dorar de nuevo, á sus expensas, la cúpula de los Inválidos. Los hombres graves se preguntaban qué es lo que, en tal ó cual ocasión haría M. de Trinquelague; M. Clausel de Montals se separaba, en varios puntos, de M. Clausel de Coussergues; M. de Salaberry no estaba contento. El comediante Picard, que era de la Academia, de la cual no pudo ser nunca el comediante Molière, hacía representar *Los dos Philibert* en el Odeon, en cuyo fróntis, las manchas que habían dejado las letras arrancadas permitían leer aún distintamente: TEATRO DE LA EMPERATRIZ. Tomábase partido en pro ó en contra de Cugnet de Montarlot. Fabvier era faccioso, Bavoux revolucionario. El librero Pélicier publicaba una edicion de Voltaire, bajo este título: *Obras de Voltaire*, de la Academia francesa. » Esto hace venir á los compradores, » decia aquel cándido editor. La opinion general era que M. Carlos Loyson sería el génio del siglo; la crítica comenzaba á morderle, señal de gloria, y á propósito de él hicieron este verso:

Même quand Loyson vole, on sent qu'il a des pattes ¹.

Negándose el cardenal Fesch á dar su dimision, M. de Pins, arzobispo de Amasia, administraba la diócesis de Lyon. La querrela del valle de Dappes principiaba entre la

¹ « Hasta cuando vuela Loyson, se advierte que tiene patas. » El juego de palabras está aquí en que el nombre de Loyson se pronuncia como *Poison*, « ansar. »

Suiza y la Francia, por una memoria del capitán Dufour, después general. San-Simon, ignorado, inventaba su sueño sublime. Había en la Academia de ciencias un Fourier célebre que la posteridad ha ya olvidado, y en no sé qué guardilla un Fourier oscuro de quien no se olvidará el porvenir. Lord Byron empezaba á despuntar; una nota de un poema de Millevoye le anunciaba á la Francia en estos términos: *Un cierto lord Baron*. David d'Angers se ensayaba en amasar el mármol. El abate Caron hablaba con elogio en junta menor de seminaristas celebrada en el callejon sin salida de las Fuldensinas, de un clérigo desconocido, llamado Félicité Robert, y que más adelante era Lamennais. Una cosa que echaba humo y chispas, sobre el Sena, con el ruido de un perro que nada, iba y venía bajo las ventanas de las Tullerías, desde el puente Real al puente de Luis XV; era una mecánica que podría servir para cualquier cosa insignificante, una especie de juguete, un desvario de inventor que sueña con quimeras, una utopía: un buque de vapor. Los parisienses miraban aquella inutilidad con indiferencia. M. de Vaublanc, reformador del Instituto por golpe de Estado, ordenanza y hornada, autor distinguido de diferentes académicos, después de haberlos hecho él, no pudo lograr serlo. El arrabal de San German y el pabellon Marsan deseaban tener por prefecto de policía á M. Delavau, á causa de su devocion. Dupuytren y Récamier disputaban entre sí en el anfiteatro de la Escuela de medicina, y se amenazaban con el puño á propósito de la divinidad de Jesucristo. Cuvier, con un ojo en el Génesis y el otro en la naturaleza, se esforzaba por agradar á la reaccion mojigata, poniendo sus fósiles de acuerdo con los textos y haciendo lisonjear á Moises por los mastodontes. M. Francisco de Neufchâteau, laudable cultivador de la memoria de Parmentier, hacía mil esfuerzos para que la *patata* se llamase *parmentiera*, y no lo consiguió. El abate Gregorio, antiguo obispo, an-

tigo convencional, antiguo senador, había pasado en la polémica realista al estado de « infame Gregorio ». Esta locución que acabamos de emplear: *Pasar al estado de*, era denunciada como neologismo por M. Royer-Collard. Aún podía distinguirse por su blancura, bajo el tercer arco del puente de Iéna, la piedra nueva con la cual se había tapado, dos años ántes, el agujero de mina practicado por Blücher, con el objeto de hacer volar el puente. La justicia llamaba á la barra á un hombre que, al ver entrar al conde de Artois en Nuestra-Señora, había dicho en alta voz: *¡Caramba! yo echo de ménos aquel tiempo en que veía á Bonaparte y Talma entrar de brazo en el Baile-Salvaje.* Palabras sediciosas. Seis meses de prision.

Los traidores se mostraban cara á cara; hombres que se habían pasado al enemigo la vispera de una batalla no ocultaban nada su galardón, y marchaban impúdicamente, en mitad del día, en el cinismo de las riquezas y de las dignidades, desertores de Ligny y de los Quatre-Bras, con el descaro de su pagada ignominia, ostentaban su adhesión monárquica enteramente al desnudo; olvidando lo que suelen escribir en Inglaterra en la pared interior de los *water-closets* públicos: *Please adjust your dress before leaving.*

Hé aquí en resúmen lo que sobrenada confusamente del año de 1817 hoy olvidado. La historia prescinde de todas estas particularidades, y no puede ménos de prescindir; pues la invadiría el infinito. Sin embargo, estos detalles, que sin razón suelen llamarse pequeños, — no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetación, — son útiles. De la fisonomía de los años se compone el rostro de los siglos.

En este año de 1817, cuatro jóvenes de París hicieron « una buena farsa »

II

DOBLE CUARTETO

Estos parisienses eran el uno de Tolosa, el otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban; pero eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisiense; estudiar en París, es nacer en París.

Eran jóvenes insignificantes; todo el mundo ha visto tipos de este género; cuatro muestras del primero que pasa; ni buenos ni malos, ni sabios ni ignorantes, ni genios ni tontos; con la belleza de ese delicioso abril que se llama veinte años. Cuatro Oscars cualesquiera; pues en aquella época aún no existían los Arturos. *¡Quemad para él los perfumes de Arabia,* decía la romanza, *Oscar se acerca, Oscar, yo voy á verle!* Se salía de Ossian; la elegancia era escandinava y caledonia, el género inglés puro no debía prevalecer sino más adelante, y el primero de los Arturos, Wellington, apenas acababa de ganar la batalla de Waterloo. Llamábanse estos Oscars, el uno Félix Tholomyès, de

Colosa; el otro Listolier, de Cahors; el otro Fameuil, de Linoges; y el último Blachevelle, de Montauban. Naturalmente cada uno tenía su amada. Blachevelle amaba á Favorita, á quien llamaba *Favourite* porque había estado en la guerra; Listolier adoraba á Dahlia, que había tomado por nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba á Zefina, abreviado de Josefina; Tholomyès tenía á Fantina, apellidada la Blonda, á causa de sus hermosos cabellos color del sol.

Favorita, Dahlia, Zefina y Fantina eran cuatro encantadoras jóvenes, radiantes y perfumadas, algo obreras todavía, no habiendo abandonado enteramente la aguja, trastornadas por los amoríos, pero conservando en su semblante un resto de la serenidad del trabajo, y en el alma esa flor de honestidad que sobrevive en la mujer á la primera caída. Había una de las cuatro á quien llamaban la joven, porque era en efecto la de ménos edad; y otra que era apellidada la vieja, y tenía veinte y tres años. Para no omitir nada, diremos que las tres primeras tenían más experiencia, y eran más indiferentes, más abiertas y más listas en el estruendo de la vida que Fantina la Blonda, la cual se hallaba en su primera ilusión.

Dahlia, Zefina, y sobre todo Favorita, no habrían podido decir otro tanto. Su novela, apenas comenzada, contaba ya más de un episodio, y el amante que se llamaba Adolfo en el primer capítulo, se hallaba ser Alfonso en el segundo y Gustavo en el tercero. Pobreza y coquetería son dos fatales consejeras; la una regaña y la otra lisonjea; y las muchachas bonitas del pueblo tienen á su lado á ambas, que las hablan al oído en voz baja, cada una por su lado. Estas almas mal guardadas escuchan. De aquí las caídas que dan y las piedras que les lanzan. Se las abruma con el esplendor de todo lo que es inmaculado é inaccesible. ¡ Ah! si la Jungfrau tuviera hambre!

Como había estado en Inglaterra, Favorita tenía por admiradoras á Zefina y á Dahlia. Desde muy joven, había tenido ya casa puesta. Su padre era un antiguo profesor de matemáticas, bastante brutal y fanfarron; no era hombre casado, y andaba aún corriendo aventuras, á pesar de su edad. Siendo todavía joven, este profesor había visto un día el vestido de una mujer enredarse en la barandilla de una chimenea, y gracias á este simple accidente, quedó enamorado. De estos amores resultó Favorita. De vez en cuando encontraba á su padre, que la saludaba. Cierta mañana entró en su casa una anciana, con trazas de beata, y la dijo: — ¿ Usted no me conoce, señorita? — No. — Pues bien, yo soy tu madre. — En seguida la vieja abrió la alacena, comió y bebió, hizo traer un colchon que ella tenía, y se instaló allí. Aquella madre, gruñona y devota, no hablaba jamás á Favorita, permaneciendo horas enteras sin pronunciar una sola palabra; almorzaba, comía y cenaba como cuatro, y bajaba de tertulia al cuarto del portero, donde pasaba el tiempo hablando mal de su hija.

Lo que había hecho á Dahlia entregarse á Listolier, tal vez á otros, y sobre todo á la ociosidad, era el tener unas uñas color de rosa, demasiado bonitas. ¿ Cómo era posible hacer trabajar tales uñas? La que quiera conservarse virtuosa no debe apiadarse de sus manos. Por lo que hace á Zefina, había conquistado á Fameuil por su manera gachona y seductora de decir: Sí, señor.

Como los jóvenes eran camaradas, las muchachas eran amigas. Estos amoríos y estas amistades van siempre juntos.

Juicioso y filósofo son dos cosas distintas; y lo que lo prueba es que, prescindiendo de todo lo que debe descartarse en estas pequeñas familias irregulares, Favorita, Zefina y Dahlia eran unas jóvenes filósofas, mientras que Fantina era una muchacha juiciosa.

¡ Juiciosa! se dirá, ¿ pero y Tholomyès? Salomon respon-

dería que el amor forma parte de la sabiduría y de la discreción. Nosotros nos limitaremos á decir que el amor de Fantina era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Ella era la única, de las cuatro, que no fuese tuteada sino por uno solo.

Fantina era uno de esos seres que á veces suelen germinar y brotar, por decirlo así, en el terreno bajo del pueblo. Salida de las más insondables espesuras de la sombra social, llevaba en su frente el sello del anónimo y de lo desconocido, había nacido en M. — ¿De qué padres? ¿Quién era capaz de saberlo? Nunca se le había conocido padre ni madre. Su nombre era Fantina. ¿Pero por qué se llamaba Fantina? Jamás se la había apellidado de otro modo. En la época en que nació, existía aún el Directorio. Ningun nombre de familia; ella no tenía familia: ningun nombre de bautismo; nada tenía que ver con la Iglesia. La llamaron como se le antojó llamarla al primero que pasó y la vió, aún muy niña, y descalza, en medio de la calle. Recibió un nombre, á la manera que recibía el agua de las nubes sobre su frente cuando llovía. Llamáronla la niña Fantina. Nadie sabía más. Así apareció en la escena de la vida aquella criatura humana. Á la edad de diez años, Fantina abandonó el pueblo y se fué á servir en casa de unos labradores de aquellas cercanías. Á los quince años, se vino á París, « á buscar fortuna. » Fantina era hermosa, y se conservó pura todo el tiempo que le fué posible. Era una rubia lindísima, con una dentadura preciosa. Tenía oro y perlas por dote; pero su oro estaba en su cabeza, y en su boca estaban las perlas.

Se puso á trabajar para vivir; y despues, para vivir también, porque el corazón tiene su hambre, se puso á amar.

Amó á Tholomyès.

Amorfo para él y pasión para ella. Las calles del barrio

latino, donde hormigean de continuo estudiantes y grisetas, fueron testigos del principio de este sueño. En aquellos dédalos de la colina del Panthéon, donde tantas aventuras se traman y se desenlazan, Fantina había huido durante mucho tiempo de Tholomyès, pero de manera que le encontrara siempre. Hay cierta manera de evitar á las gentes que se asemeja mucho á buscarlas. En resúmen, la égloga tuvo lugar al fin.

Blacheville, Listolier y Fameuil formaban un grupo á cuyo frente se hallaba Tholomyès, que era el más agudo y más listo.

Tholomyès era ya estudiante viejo; poseía riquezas, como que disfrutaba cuatro mil francos de renta: cuatro mil francos de renta es un escándalo espléndido en la montaña de Santa Genoveva. Era Tholomyès un vividor de treinta años, mal conservado. Carecía de dientes, pero en cambio tenía muchas arrugas, y bosquejaba ya una calvicie de la cual decía él mismo, sin aprension: *cráneo á treinta años, rodilla á cuarenta*. Digería no muy bien, y un ojo había empezado á lagrimearle un poco. Pero en la misma proporción en que iba extinguiéndose su juventud, iba él avivando su buen humor; reemplazando con ademanes y gestos sus dientes, su pelo con chistes y agudezas, la salud con la ironía, y haciendo reir sin cesar á su ojo lagrimoso. Estaba deteriorado, pero rozagante y en flor siempre. Liando ya el bagaje mucho ántes de la edad requerida, su juventud tocaba retirada en buen orden riendo á carcajadas, sin que allí se viera otra cosa que fuego. Una pieza dramática que había escrito se la rehusaron en el Vaudeville. Algunas veces le daba por hacer versos. Además, él manifestaba de un modo superior sus dudas sobre todas las cosas que no podía decidir magistralmente, lo que es siempre de mucha fuerza para los entendimientos débiles. Por consiguiente, siendo irónico, y calvo, no podía

ménos de ser el jefe. *Iron* es una palabra inglesa que significa hierro. ¿Será de aquí de dónde viene la ironía?

Un día tomó aparte Tholomyès á los otros tres compañeros, y despues de hacer un gesto de oráculo, les dijo :

— Pronto va á hacer un año que Fantina, Dahlia, Zefina y Favorita nos están pidiendo que las hagamos una sorpresa; y nosotros se la hemos prometido solemnemente. Siempre nos están hablando de esto, principalmente á mí. Á la manera que en Nápoles gritan las viejas á san Genaro : *Faccia gialluta, fa tuo miracolo*, « ¡cara amarillenta, haz tu milagro! » nuestras lindas muchachas me dicen sin cesar : ¿Tholomyès, cuando darás tú á luz tu sorpresa? Al mismo tiempo nos escriben nuestros padres. Por ambos lados nos acosan. Me parece que ha llegado el momento de que tratemos de esto.

En seguida Tholomyès bajó la voz, y articuló misteriosamente algunas palabras tan chistosas, tan mágicas, que de las cuatro bocas á la vez salieron grandes y entusiasmadas risotadas, exclamando Blachevelle : « ¡Oh! ¡sí, es una buena idea! »

Presentóse allí cerca un café-villar lleno de humo, entraron en él y el resto de su conferencia se perdió en la sombra.

El resultado de esta sesión secreta fué una magnífica gira que tuvo efecto el domingo siguiente, habiendo invitado los cuatro jóvenes á las cuatro muchachas.

III

CUATRO Á CUATRO

No es cosa fácil figurarse hoy lo que era una partida de campo de estudiantes y grisetas, hace cuarenta y cinco años. París ya no tiene las mismas cercanías : el aspecto de lo que pudiera llamarse la vida circum-parisiense ha cambiado enteramente de medio siglo á esta parte; por donde caminaba la tartana, hoy se desliza el wagon; y donde remaba la falúa, hoy boga rápido el buque de vapor; dícese ahora Fécamp como entónces se decía Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad cuyo término, cuyas afueras son la Francia.

Las cuatro parejas practicaron concienzudamente todas las locuras campestres que eran posibles en aquella época. Se entraba en vacaciones, y era un día claro y caluroso del estío. En la víspera, Favorita, que era la única que sabía escribir, había escrito esto á Tholmyès en nombre

de las cuatro : « *C'est un bonne heure de sortir de bon-heur.* » — « Sería muy bueno que saliésemos temprano. » Por cuya razon se levantaron ellos á las cinco de la mañana. En seguida marcharon á Saint-Cloud, en el faeton, miraron la cascada en seco, y dijeron : ¡ Esto debe ser bonito cuando hay agua ! Almorzaron en la *Tête-Noire*, por donde todavía no habia pasado Castaing, se pagaron una partida de sortija en el juego del estanque grande, subieron á la linterna de Diógenes, jugaron unos almendrados en la ruleta del puente de Sèvres, cogieron ramos de flores en Puteaux, compraron pitos en Neuilly, comieron en todas partes pasteles rellenos con manzanas, peras, etc., y por último, disfrutaron de la dicha más completa.

Las muchachas rumiaban, alborotaban y charlaban como alondras escapadas. Aquello era delirar. De vez en cuando sacudían algún ligero pescozon á los jóvenes. ¡ Embriaguez matutina de la vida ! ¡ Años adorables ! Las alas de las libélulas se estremecen. ¿ Vosotros, quienquiera que seáis, no os acordáis ? ¿ No habéis andado entre brezos y matas, apartando las ramas para que no lastimen alguna cabeza hechicera que viene detras siguiéndoos ? ¿ No habéis resbalado riendo sobre alguna escarpa mojada por la lluvia, con una mujer á quien amáis que os retiene por la mano y grita : ¡ Ah ! mis botitas nuevos ! ¡ en qué estado se me han puesto !

Digamos desde luego que este festivo contratiempo, un aguacero, faltó á aquella compañía de buen humor, á pesar de que Favorita habia dicho al ir, con acento magistral y maternal : *Las babosas se pasean por las veredas. Señal de lluvia, hijos míos.*

Todas cuatro eran soberanamente lindas. Un buen anciano, poeta clásico muy afamado entónces, un buen hombre que también tenía su Leonor, el caballero de Labouisse, vagando aquel día bajo los castaños de Saint-Cloud, las

vió pasar, á eso de las diez de la mañana, y dijo : *Hay una de más*, pensando en las Gracias. Favorita, la amiga de Blachevelle, la que tenía ya veinte y tres años, la vieja, corría delante bajo las espesas y verdes enramadas, saltaba los fosos, brincaba como una loca sobre las matas, y presidía á aquella fiesta con un númen de jóven fauno. Zefina y Dahlia, á quienes la casualidad habia hecho hermosas de tal manera que se hacían valer por la aproximacion y por el contraste, completándose recíprocamente, nunca se separaban, por instinto de coquetería más bien que por amistad ; y apoyadas una en otra, solían tomar actitudes á la inglesa. Acababan de aparecer los *keepsakes*, y la melancolía apuntaba para las mujeres como, más adelante, el byronismo para los hombres, y la cabellera del sexo tierno empezaba á languidecer. Zefina y Dahlia estaban peinadas con tirabuzones. Listolier y Fameuil, empeñados en una discusion relativa á sus profesores, explicaban á Fantina la diferencia que habia entre M. Delvincourt y M. Blondeau.

Blachevelle parecia haber sido criado expresamente para llevar en su brazo el domingo el gran pañuelo de abrigo de Favorita.

Tholomyès seguía, dominando el grupo. Era alegre, pero se dejaba ver siempre en él el gobierno : habia cierto carácter de dictadura en su jovialidad ; su principal adorno consistía en un pantalon de nankin, piernas de elefante, con trabillas de tejido de cobre ; llevaba en la mano un vigoroso róten de doscientos francos, y como él todo se lo permitía, también llevaba en la boca una cosa extraña, que llamaba cigarro. No habiendo nada sagrado para él, fumaba.

— Este Tholomyès es admirable decían los otros con cierta veneracion. ¡ Qué pantalones ! ¡ qué energia !

Por lo que hace á Fantina, era la misma alegría. Sus preciosos dientes habian sin duda recibido de Dios una mi-

sion, la risa. Solia llevar en la mano, de mejor gana que en la cabeza, su sombrerito de paja cosida, con largas cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, propensos á flotar y fácilmente descogidos, siendo necesario sujetarlos de continuo, parecian hechos para la fuga de Galatea bajo los sauces. Sus labios color de rosa parloteaban con suma gracia. Las extremidades de su boca, voluptuosamente levantadas como en los antiguos sátiros de Erigona, parecian como querer incitar á los audaces; pero sus largas pestañas, llenas de sombra, se bajaban discretamente sobre aquel tumulto de la parte inferior de su rostro como para poner orden. Todo su traje tenía un no sé qué de alegre y fulgurante. Llevaba un vestido de barés color de malva, zapatitos de coturno, castaño rojo, cuyas cintas trazaban X sobre sus medias blancas finas y caladas, y esa especie de canesú, spencer ó túnica de muselina, de invencion marsellesa, cuyo nombre, *canizou*, corrupcion de *quinze août* (15 de Agosto) pronunciado en la Cannebière, significa buen tiempo, calor y mediodía. Las otras tres, ménos tímidas, como hemos dicho, iban descotadas enteramente, lo que, en verano, y bajo los sombreros cubiertos de flores, tiene mucha gracia y mucho atractivo; pero al lado de estos trajes tan atrevidos, el canesú de la blonda Fantina, con sus transparencias, sus indiscreciones y sus reticencias, ocultando y mostrando á la vez, parecia un hallazgo provocativo de la decencia; y el famoso tribunal del amor presidido por la vizcondesa de Cette, la de los ojos verde-mar, habria adjudicado tal vez el premio de la coquetería á aquel canesú que concurría por la castidad. El más sencillo y candoroso es á veces el más hábil. Esto sucede con frecuencia.

Magnífica de frente, delicada de perfil, con los ojos de un azul profundo, gruesos los párpados, los piés pequeños y arqueados, muñecas y tobillos admirablemente contorneados, la tez blanca, dejando ver á trechos las arborescencias

cerúleas de las venas, la mejilla infantil y fresca, el cuello robusto de las Junos eginéticas, la nuca robusta y flexible, la espalda modelada como por Coustou, dejando ver en el centro un hoyito voluptuoso, al traves de la muselina; la alegría idealizada por el delirio; escultural, exquisita; tal era Fantina: bajo aquellos adornos y aquellas cintas se adivinaba una estatua; y en aquella estatua un alma.

Fantina era hermosa, sin saberlo ella demasiado.

Los raros pensadores, sacerdotes misteriosos de lo bello, que confrontan silenciosamente todas las cosas con la perfeccion, habrian vislumbrado en aquella obrerita, al traves de la transparencia de la gracia parisiense, la antigua eufonia sagrada. Aquella hija de la sombra tenía signos visibles de raza. Era bella bajo las dos especies, que son el estilo y el ritmo. El estilo es la forma del ideal; el ritmo es su movimiento.

Hemos dicho que Fantina era la alegría; tambien era Fantina el pudor.

Para un observador que la hubiese estudiado atentamente, lo que se desprendía de ella en medio de toda aquella embriaguez de la edad, de la estacion y de los amoríos, era una invencible expresion de recato y de modestia. Á veces solia manifestar cierto asombro y extrañeza. Esta extrañeza es el distintivo que separa á Psyché de Venus. Fantina tenía los dedos largos, blancos y finos de la vestal que remueve las cenizas del fuego sacro con un alfiler de oro. Aunque nada le rehusó ella á Tholomyès, segun tendremos ocasion de ver más adelante, su rostro, en el estado de reposo, era soberanamente virginal. Una especie de dignidad grave y casi austera la invadía de repente en ciertos momentos; y nada más singular y extraño que el ver aquella alegría extinguirse tan pronto, sucediendo, sin transicion, á la mayor expansion del ánimo, al mayor recogimiento. Esta gravedad súbita, á veces se-

veramente acentuada, se asemejaba al desden de una diosa. Su frente, su nariz y su barba ofrecían ese equilibrio de líneas muy distinto del equilibrio de proporciones, y del cual resulta la armonía de la cara: en el intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior, tenía ella ese pliegue imperceptible y hechicero, signo misterioso de la castidad que hizo á Barbaroja enamorarse de una Diana encontrada en las excavaciones de Icona.

El amor es una falta; convenido. Fantina era la inocencia que sobrenada en esa falta.

IV

THOLOMYÈS ESTÁ TAN GOZOSO QUE CANTA UNA CANCIÓN
ESPAÑOLA

Aquel día era una aurora perpétua, del uno al otro extremo. Parecía que toda la naturaleza estaba de vacaciones, de risa y de fiesta. Los jardines de Saint-Cloud embalsamaban; la brisa del Sena movía suavemente las hojas; las ramas gesticulaban en el viento; las abejas merodeaban en los jazmines; toda una bandada de mariposas descargó sobre las aquileas, los tréboles y las avenas silvestres; en el augusto parque del rey de Francia había una multitud de vagabundos, los pájaros.

Las cuatro alegres parejas resplandecían allí y brillaban mezcladas con el sol, con los campos, con los árboles y con las flores.

Y en esta comunidad de paraísos, hablando, cantando, corriendo, bailando, cazando mariposas, cogiendo violetas, mojando sus medias caladas color de rosa en la alta yerba, frescas, locas, inofensivas, todas ellas recibían de

vez en cuando los besos de todos, excepto Fantina, encerrada en su vaga resistencia cavilosa y huraña, Fantina que amaba. — Tú, la decia Favorita, siempre tienes cara de no sé qué.

Tales son las alegrías. Esos encuentros de parejas dichasas son un profundo llamamiento á la vida y á la naturaleza, y hacen brotar de todo la caricia y la luz. Hubo en tiempos una hada, la cual hizo los prados y los árboles expresamente para los enamorados. De aquí esa eterna afición de los amantes á retirarse al campo en busca de las plantas, testigos mudos é imparciales de sus confidencias y de sus caricias. De aquí tambien la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el duque, el par y el golilla, las gentes de la corte y las gentes de la ciudad, como se decia ántes, todos están sometidos á esa fiesta. Se rie, se buscan unos á otros; hay en el aire cierta claridad de apoteósis: ¡qué transfiguracion es el amar! Los pasantes de notario se convierten en dioses: y los gritos á média voz, las carreras persiguiéndose en la yerba, las cinturas cogidas al vuelo y levantadas por alto, aquel guirigay que es una verdadera melodía, aquellas adoraciones que brillan en la manera de decir una sílaba, las cerezas arrancadas de una á otra boca, todo esto resplandece, flamea y se transporta á la region de las glorias celestiales. Las niñas hermosas hacen un dulce despilfarro de si mismas. Creen que la belleza no concluirá jamas. Los filósofos, los poetas, los pintores, miran esos éxtasis y no saben qué hacer de ellos; tanto los deslumbra este espectáculo. ¡La marcha para Cyterea! exclama Watteau. Lancret, el pintor de la plebe, contempla á sus labriegos envueltos en el azul. Diderot tiende los brazos á todos esos amorfos, y Urfé mezcla con ellos á los drúidas.

Después de almorzar, las cuatro parejas habian ido á en lo que entónces llamaban cuadro del rey, una

planta recién llegada de la India, cuyo nombre no recordamos en este momento y que en aquella época atraia Paris á Saint-Cloud: era un arbusto gracioso y raro, de tronco bastante elevado, cuyas innumerables ramas, finas como hilos, y despeluzadas, sin hojas, se hallaban cubiertas de un millon de rositas blancas; lo que daba al arbusto el aspecto de una cabellera poblada de flores. Siempre habia mucha gente á admirarle.

Después de ver el arbusto, dijo Tholomyès: ¡Vamos, los convidó á ustedes á pasear borricamente! y ajustándose con un alquilador de burros, se vinieron por Vanvres é Issy. En Issy hubo un incidente. El parque, propiedad nacional poseida en aquella época por el proveedor Bourguin, se hallaba casualmente abierto de par en par. Entraron, visitaron el maniquí anacoreta en su gruta; ensayaron los misteriosos efectos del famoso gabinete de los espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro convertido en millonario, ó de Turcaret metamorfoseado en Priapo; y sacudieron fuertemente el gran columpio adherido á los dos castaños celebrados por el abate de Bernis. Mientras que iba columpiando aquellas lindas muchachas, una después de otra, con lo cual se formaban, entre la risa universal, pliegues de las faldas lanzadas al viento en que Greuze habria encontrado asuntos donde escoger, el tolosano Tholomyès, algo español, pues Toulouse es prima de Tolosa, cantaba en una melopeya melancólica, la antigua cancion gallega inspirada probablemente por alguna linda moza lanzada á todo vuelo sobre una cuerda fijada entre dos árboles:

Soy de Badajoz
Amor me llama
Toda mi alma
Es en mis ojos
Porque enseñas
Á tus piernas.